

» las llamas de un *Auto de fe*, ¡ cuántos millones y millones de víctimas inocentes no se hubieran salvado! »

15. En tanto que la victoria coronaba en España á las armas de los Reyes Católicos, Cristóbal Colon descubria las Américas, y Lutero nacia en una pobre aldea de Alemania. El protestantismo, esta inmensa herejía del mundo moderno, iba á ensangrentar muy pronto á toda Europa: estos dos nombres, estos dos hechos van á mudar los destinos del universo. Entretanto Inocencio VIII murió en Roma, el 25 de julio de 1492. En los últimos años de su pontificado brilló un prodigio de ciencia en la persona del famoso Pico de la Mirándola, el cual á la edad de veintifres años sostuvo en presencia de los doctores romanos la famosa tesis: *De omni re scibili et quibusdam aliis*. Esta tesis contenia novecientas proposiciones sacadas de los autores griegos, latinos, hebreos y caldeos. La escolástica de aquel tiempo ofrecia infinidad de *Lugares comunes teológicos, filosóficos, matemáticos y morales* que hacian posible esta *gimnástica* intelectual á un talento superior y á una memoria inaudita hasta entonces que hacia de este jóven la admiracion del mundo.

§ IV. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VI (11 de agosto de 1492-18 de agosto de 1503.)

16. En la oracion fúnebre de Inocencio VIII, pronunciada por el obispo Leonelli ante los cardenales, les decia: « Apre- » suraos á escogeros un sucesor al último pontífice, porque » Roma á cada hora del día y de la noche es teatro horrible » de asesinatos y robos. » — « Y en efecto, dice un autor con- » temporáneo, la ciudad pululaba por do quiera en malhecho- » res, bandidos, matones y hombres de mala cara y peores » hechos. » Los cardenales siguieron el consejo del orador, y al día siguiente de los funerales entraron en conclave. Los votos se dividieron entre los cardenales Ascanio Sforza y Rodrigo Borgia. El primero tenia en su favor el nombre y autoridad de su familia; el segundo [aunque no inferior en nobleza y autoridad de alcurnia] parecia, por su energía y vigor mas

propio para conjurar los peligros que amenazaban á la Iglesia. Fué pues elegido Borgia y tomó el nombre de Alejandro VI. Si la Silla apostólica hubiera sido un trono ordinario que solo exige habilidad, fineza de espíritu, liberalidad de carácter, grandes concepciones de plan y su debida ejecucion, energía y actividad en los negocios, Alejandro VI era muy digno de tan eminente puesto. Tenia en efecto lo que place en los príncipes: afabilidad, magnificencia, prestigio y gran brillo. Así es que su exaltacion fué acogida con el mayor entusiasmo por toda la poblacion de Roma. « Todos, dice Guichardin, » apreciaban la prudencia de Borgia, su rara perspicacia, su » penetracion; una elocuencia sublime, una increíble perseve- » rancia; teson, actividad, suma destreza en cuanto habia em- » prendido y tenia que emprender. » Pero estas cualidades de un hombre de Estado no bastan para un papa. La juventud de Alejandro VI [con razon ó sin ella, corria por haber sido borrascosa] y no correspondia á las dignidades con que se hallaba revestido: [como papa, su conducta fué la de un digno sucesor de la larga cadena de pontífices romanos], y guardó en toda su integridad el depósito de la fe y de la disciplina eclesiástica. [La historia se hace superior á los bajos dictérios de los novelistas, y de los escritores apasionados que se complacen en denigrar á cuantos se hallan en el poder.]

17. Toda Europa se hallaba á la sazón entusiasmada con la gran noticia del descubrimiento de un Nuevo Mundo por Cristóbal Colon. Este ilustre genovés habia logrado de los Reyes Católicos tres navíos, con los que en su primer viaje de 1492 descubrió las islas Lucayas. Este buen éxito le mereció las mayores honras de la corte de España, que le dió una poderosa flota, cuyo mandó tomó con título de almirante. Los Portugueses, cuya marina hasta entonces no habia tenido rival, se lanzaron con ardor por los caminos nuevamente descubiertos por el ingenio de Colon. Aportaron en el Brasil. Desde este momento se excitó gran rivalidad entre ambas potencias sobre quién descubriría nuevas tierras. Fernando V habia ya alcanzado del papa Alejandro VI la investidura de todas las



comarcas del nuevo continente. Juan II reclamó contra esta decision, y para cortar en su origen una guerra perjudicial á todos, el papa trazó en un mapamundi una línea de demarcacion que cortaba en dos mitades al Nuevo Mundo, al cual el florentino Américo Vespucio, usurpando la gloria de Cristóbal Colon, acababa de dar su nombre. La parte oriental se señaló á los Portugueses, y la occidental á los Españoles. La intervencion del papa, reclamada á la vez por dos naciones rivales, y su decision acogida por ambas como sentencia definitiva, son hechos significativos que prueban la benéfica influencia que los soberanos pontífices ejercian, ora como padres, ora como árbitros, ora como jueces, y que, aceptada por príncipes religiosos, evitaba guerras y conciliaba todos los intereses.

18. Despues de haberse esforzado en terminar diferentes contiendas entre príncipes extranjeros, Alejandro VI tomó á pechos la situacion de Italia y Roma sobre todo. Muy pronto logró restablecer la seguridad y el orden público en la capital del mundo. Apenas habian trascurrido algunas semanas, cuando, por testimonios contemporáneos, los crímenes eran castigados con severa y justa represion. Por otra parte la península itálica era presa de las mas violentas conmociones, resultado de las intrigas de tantos pequeños soberanos como la dominaban. Ludovico Sforza, llamado *el Moro*, gobernaba el estado de Milan, como tutor de Juan Galeas, su sobrino. Seducido por el placer del mando, vió con disgusto el momento de tener que deponer el mando en manos de este, y tomó cuantas medidas pudo para mantenerse en su puesto; y como todos los medios le parecian buenos, en 1494 hizo morir á su sobrino. Pero tenia necesidad, para consolidar su usurpacion, del concurso de los príncipes italianos. Alejandro VI consultado, no pudo menos de manifestar horror é indignacion. Fernando, rey de Nápoles, excomulgado por Inocencio VIII, habia hecho paces con Alejandro VI; y se opuso abiertamente, como este, á los proyectos de Ludovico Sforza. Este último no halló otro recurso sino acudir á Carlos VIII é instarle hiciese una invasion en Italia, para sostener, como heredero de la casa de Anjou, sus

derechos á la soberanía de Nápoles. Y así la ambicion de un codicioso príncipe iba á inundar de sangre la Italia.

La corte de Francia vaciló al principio en aceptar tales proposiciones: porque los mas cuerdos consejeros temian el resultado de una guerra lejana. Pero muy pronto fascinó á las cabezas la sed de conquistas, y ni aun se dió tiempo á la reflexion. Sin embargo, Carlos VIII habia enviado á Roma una embajada, dirigida por el general de Aubigny, para indagar la voluntad del papa. El objeto principal ostensible de esta entrevista era lograr del papa, ó por promesas ó por amenazas, la investidura de los Estados napolitanos. « Tres veces, respondió » Alejandro VI, ha sido concedida la corona de Nápoles á la » casa de Aragon. Estas concesiones no pueden anularse, á » menos que Carlos VIII no tenga títulos mas valederos. El » reino napolitano es un feudo de la Santa Sede; y al papa toca » conferir su investidura. Si el rey de Francia quiere hacer » valer sus derechos sobre Nápoles, debe dirigirse al tribunal » del soberano pontífice, y buscar por vias legales y pacíficas » la solucion de este gran proceso. » La política de Alejandro VI era la sola que podia poner en salvo la independencia de la Italia. El duque de Saboya, la república de Venecia y la mayor parte de los demás gobiernos italianos accedieron á ella. Pero Carlos VIII no se dejó detener por sus representaciones, y en el mes de setiembre de 1494, una invasion formidable, mandada por el rey en persona, atravesó el monte de Ginebra. Se diria una coalicion de todas las naciones de Europa. Franceses, Vascongados, Bretones, Suizos, Alemanes, Escoceses, parecian haberse dado cita bajo los estandartes de Carlos VIII, como en tiempo de la invasion de los Bárbaros. Este formidable ejército llevaba consigo cañones de bronce que los Franceses habian sabido hacer tan movibles como sus tropas.

18. La fuerza ha tenido en todo tiempo el privilegio de reunir al número en su derredor. La nobleza romana, atemorizada, tembló por sus posesiones. Abandonó la política de Alejandro VI é hizo sumision al rey de Francia. Los Colonnas, Orsi-



nis y Savellis, es decir, los mas influyentes representantes de las familias romanas, se obligaron á suministrar á Carlos VIII cierto número de soldados de infantería y caballería. Su defecion fué un golpe terrible para Alejandro VI, que quedaba desarmado á la faz de un enemigo temible. Para colmo de desgracia, Fernando II, rey de Nápoles, habia muerto el 21 de enero de 1494 en medio de sus preparativos de defensa. Le sucedió su hijo Alfonso, y Alejandro VI le dió la investidura de un reino mas fácil de recibir que de conservar.

19. Carlos VIII avanzaba triunfante al través de las principales ciudades de Italia. A su cercanía, todos los viejos gobiernos se iban desmoronando por sí mismos. Pisa sacudió el yugo de los Florentinos; Florencia echó fuera á los Médicis; Savonarola, el dominico, tribuno cuyo nombre volverá muy en breve á nuestra pluma, recibió á Carlos VIII en Florencia como *Azote de Dios enviado para castigar los pecados de Italia*. Fernando estaba en Roma con Alejandro VI: se apresuró á volverse á sus Estados, y el rey de Francia entró en la capital del mundo. El papa se habia refugiado al castillo de San Angelo; y este encierro pudo serle muy funesto, porque sus enemigos se aprovecharon de su retirada para perderlo en el ánimo del príncipe. Las palabras de *deposicion*, de *concilio general*, se repetian sordamente en torno de Carlos VIII; pero el monarca francés tenia necesidad del apoyo de Alejandro VI, y tentativas cismáticas contra su autoridad hubieran agravado aun mas las dificultades, lejos de disolverlas. Despues de largas deliberaciones se concertó un tratado de alianza. El papa tuvo que consentir en dejar al rey á Civita-Vecchia y demás fortalezas del Estado eclesiástico, hasta que hubiese acabado la expedicion de Nápoles, que no era ya posible detener. Por su lado el rey de Francia se obligaba á sostener al papa, á hacerle en persona homenaje de obediencia y á tratarlo con todas las consideraciones debidas á su rango y dignidad. Fué convenido en que el cardenal de Valencia, César Borgia, acompañaria á Carlos VIII en calidad de rehenes durante la campaña, y que Zizim, hermano de Bayaceto, quedaria al cuidado del rey, que

lo haria guardar en Terracina (1). Concluido este tratado, el papa y el rey tuvieron una entrevista juntos en los jardines del palacio pontifical. Cuando el papa se acercó, el príncipe hincó dos veces la rodilla; pero Alejandro no quiso que se le tributasen los honores de costumbre, y avanzándose hácia Carlos le detuvo y abrazó. Sin embargo, cuando la recepcion oficial, el monarca francés quiso acomodarse al ceremonial acostumbrado. A pesar de todas estas demostraciones, el papa se rehusó á dar á Carlos VIII la investidura del reino de Nápoles. Los historiadores que, fiados en la autoridad de Guichardin [enemigo personal del papa], afirman lo contrario, han cometido un error grosero. Se le habrán podido reprochar faltas á Alejandro VI [en su juventud]; pero como papa no es posible hallarle tacha alguna de flaqueza y defecion en su línea política. Su valor crecia con los reveses; y sus antiguos extravíos [si los hubo], en nada mancharon su conducta como soberano pontífice, y esa es una gran leccion que nos ofrece la historia de su pontificado. En esto, Alfonso habia abdicado cobardemente para refugiarse en un convento de la Sicilia, dejando el reino á un príncipe de diez y ocho años. El jóven Fernando II, abandonado en San-Germano, se retiró á la isla de Ischia, y vió saqueado su palacio por el populacho de Nápoles. Los Franceses acabaron su conquista sin combate en 1493, y entraban triunfalmente en todas las ciudades que les abrian espontáneamente las puertas. Pero esta victoria se habia ganado sobrado fácilmente para que diese frutos duraderos. La organizacion de un sistema feudal, modelado sobre el de Francia, sublevó muy pronto la animosidad de los Napolitanos: y toda Italia, atemorizada del yugo extranjero, comprendió que no habia salvacion para ella sino en seguir la política proclamada al principio por Alejandro VI: hasta el mismo Ludovico Sforza se mostró espantado de las consecuencias de los triunfos de un monarca á quien él mismo habia llamado. Se formó pues una liga contra Carlos VIII. Las ciudades de la

(1) Zizim murió poco tiempo despues en el campamento francés de disentería.



Península, que á su llegada le habian recibido como á su libertador, se iban preparando para cerrarle los caminos de la vuelta, y á tratarle en adelante como á enemigo comun. Las alianzas seguian á la fortuna; tal es el curso de las cosas humanas en todo siglo y país. Solo, Alejandro VI, fiel al tratado concluido con el rey de Francia, se sustrajo á esta corriente y guardó neutralidad. Los confederados, habiendo reunido un cuerpo de cuarenta mil hombres, esperaban á Carlos VIII en la bajada de los Apeninos, cerca de Fornova. Era necesario vencer ó perecer. Los Franceses en menos de una hora rompieron este muro vivo de enemigos, y se retiraron al menos con gloria, en 1495, de un país en donde habia sido tan fácil penetrar, y tan difícil salir. Hé aquí todo el fruto de la expedicion. El famoso Gonzalo de Córdoba, el vencedor de los Moros y de Granada, enviado al socorro de Fernando II, acabó de arrojar de Italia las guarniciones francesas del reino napolitano, que aun conservaban, y todo en Italia volvió á su antiguo estado.

20. Alejandro VI no habia echado en olvido la defeccion de los nobles romanos en el momento del peligro. César Borgia fué encargado de castigarlos, y su justicia fué terrible. Las medidas á medias, no entraban en su carácter. Los Colonnas, que fueron los primeros en ser traidores á la Santa Sede, fueron tambien los primeros en ser castigados. En vano, por sustrarse á la tormenta, habian puesto sus feudos bajo la proteccion del sacro colegio. Vencidos por César, se vieron obligados, como suplicantes, á presentar las llaves de sus fortalezas al soberano pontífice [que les perdonó]. Los Savellis lograron igual gracia, despojándose de sus riquezas en favor de la Santa Sede. Los Orsinis, mas obstinados, fueron cruelmente castigados. Sorprendidos en una emboscada preparada por el duque de Valentinois, fueron supliciados en Sinigaglia como traidores á la patria; pero con circunstancias odiosas, que la historia reprochará siempre á César Borgia.

21. En esta misma época pasaban en Florencia acontecimientos de los cuales no ofrecen dos ejemplares los fastos de

la humanidad. Fué héroe de ellos Jerónimo Savonarola. Era este un fraile dominico, prior del convento de San Marcos de Florencia. Su vida parecia destinada á apagarse silenciosamente en la soledad del claustro, en el cual edificaba á todos sus hermanos y religiosos por su fervor y austeridades. Pero Fra Hierónimo, como se le llamaba, habia recibido del cielo el don fatal del ingenio, y su virtud no se hallaba á la altura de su gran talento. Savonarola no era nada; mas predicó, y su elocuencia le granjeó muy en breve un poder que luchó contra los Médicis y los venció. En el momento en que Carlos VIII llegó á Florencia, exigió de los ciudadanos ciento veinte mil escudos de oro, de que tenia necesidad para su marcha; y habia dado solas venticuatro horas para realizar esta suma. No fué posible completarla, y el monarca montado en cólera amenazó poner la ciudad á sangre y fuego. Van pues á tocar á la celda del fraile. « Yo iré á ver al rey, » dijo Fray Jerónimo, el cual, desde hacia un año, no cesaba de amonestar al pueblo en sus sermones que en castigo de sus pecados, Dios iba á entregarlo en poder de los Franceses. Savonarola se presentó en efecto á la puerta de palacio: los oficiales le niegan la entrada; pero insta tanto, que al fin penetra hasta el monarca. Entreabriendo sus hábitos, Savonarola descubrió un crucifijo que traia escondido, y poniéndole ante los ojos de Carlos, le dice: « Príncipe, ¿conoceis esta imágen? Es la imágen de » Cristo, muerto por Vuestra Majestad, muerto por mí, muerto » por todos en la cruz, y que al morir perdonó á sus verdugos. » Si no me escuchais, señor, escucharéis al menos al que habla » por mi boca, al Rey de los reyes, al que da la victoria á los » príncipes fieles, al que derroca á los impíos. Si no renunciáis, » señor, á vuestros proyectos homicidas, si persistís en reducir » á cenizas esta desventurada ciudad, las lágrimas de tantas » víctimas inocentes subirán hasta el cielo, y serán mas poderosas que vuestro ejército y vuestros cañones. ¿Qué importa » al Señor el número, la fuerza? Moisés y Josué, para triunfar » de sus enemigos, solo recurrieron á la oracion: nosotros » oraremos si no perdonais. Príncipe, ¿quereis perdonar? » Y



diciendo estas palabras, el religioso movía y removía ante Carlos VIII la imagen de Cristo. El príncipe vencido hizo señal de que sí. Es necesario convenir que esta elocuencia llena de acción era, en manos del religioso, una arma poderosa. Savonarola tuvo otra ocasión de servirse de ella. Arrojó de Florencia á los Médicis una revolución popular. Se trataba de inaugurar una nueva forma de gobierno; y queda encargado de ella el prior dominico. Renuncia por algunos días al púlpito; pone manos á la obra, é improvisa una constitución calcada sobre la de Venecia. Es leída en la catedral por él mismo, ante el pueblo y magistrados. Desde este momento, el fraile es á la vez sacerdote, magistrado, juez y legislador. No empleó su inmenso talento sino para mayor honra y gloria de Dios. Los resultados que logró parecerían increíbles en nuestros días. Hace levantar en la plaza mayor ocho pirámides, donde amon-tona confusamente libros malos, vestidos y adornos indecentes, é instrumentos de juegos livianos, y prende fuego. Toda la ciudad asiste á este holocausto del mundo sensual, ofrecido al Dios de la penitencia y mortificación.

22. Hasta aquí Savonarola se había mostrado digno de su alta reputación; pero el espíritu del Señor, que le había animado en el primer período de su vida pública, pareció retirarse de él en el segundo. Bastó un momento para disipar, cual ligero vapor, todo el prestigio de que se hallaba rodeado su nombre. La constitución que había dado á los Florentinos decretaba, entre otros artículos, que todo ciudadano condenado por delito político tendría derecho de apelar al gran consejo de la nación. Se capturan cinco conspiradores y son condenados á pena capital: apelan al gran consejo de la nación, según la ley. Savonarola se opone á esta apelación, y son llevados al suplicio. Inmediatamente hierva en todos los pechos la mayor indignación. El religioso no responde al levantamiento popular sino con invectivas predicadas desde el púlpito, no solo contra los vicios sino contra las personas. No perdona en su fogosa predicación, ni á la corte de Roma, ni á los cardenales, ni á la curia, ni aun al papa. El clero secular

se separa abiertamente de él; el pueblo se subleva y mil brazos membrudos se arman contra el ídolo caído. Por todas partes se pide pronta y justa satisfacción. Se defiende en fin la decisión de esta grande causa al papa Alejandro VI. El soberano pontífice intima al fraile que guarde silencio, esperando se haya fallado sobre su persona: y al mismo tiempo le invita acuda á Roma para explicar su conducta y justificarse. Savonarola se niega á todo y continúa sus furibundas declamaciones. Segunda y tercera monición del pontífice no tuvieron mejor éxito. Alejandro VI fulminó entonces contra el rebelde sentencia de excomunión, que es leída y publicada en todas las iglesias de Florencia. El altanero y soberbio dominico, que había rechazado propuestas de misericordia, se ríe de los rayos de la justicia, prosigue sus sacrílegas predicaciones, y se ostenta atrevido adversario del jefe supremo de la cristiandad. El arzobispo de Florencia forma sumaria contra el cismático [á quien se le procesó con arreglo á derecho]. Savonarola [convicto y confeso] fué condenado á la pena de fuego, que expió cristianamente, después de haberse confesado, recibido el sacramento de la Comunión, y la indulgencia plenaria *in articulo mortis* que el papa le ofreció y el aceptó humildemente, dando su alma á Dios en 1498. Así acabó uno de los mayores genios del siglo xv, víctima de un orgullo desordenado.

23. En Francia á Carlos VIII sucedió Luis XII, el padre del pueblo, en el trono de Francia, inaugurando la rama de los Valois de Orleans. Obligado en su juventud á casarse con la hija de Luis XI, la princesa Juana, se aprovechó de su advenimiento al poder para tratar de anular un casamiento violento que el terror solo le había impuesto. Con este objeto se dirigió á Alejandro VI, el cual, examinado detenida y maduramente el negocio, creyó deber acceder á las súplicas del rey (1). César Borgia fué enviado á Francia para llevar la bula

(1) Los autos á que dieron lugar las reclamaciones de Luis XII para anulación de su casamiento con Juana de Francia, prueban con la mayor evidencia que Luis XI no solo se valió de una presión ó fuerza moral, sino hasta de violencias muy caracte-



de disolucion, al que con este motivo hizo el rey duque de Valentinois. — Carlos VIII no habia pretendido, como heredero de la casa de Anjou, sino la sucesion del trono de Nápoles. Mas Luis XII, por su abuela Valentina Visconti, reivindicó el Milanés y anunció oficialmente su intencion de apropiarse estos dos magníficos dominios, el de Milan como heredero personal, y el de Nápoles como derecho adquirido, por devolucion, á la corona. Las circunstancias le eran favorables. Ludovico Sforza, el Moro, habia irritado á los Milaneses con su tiranía. Fadrique III, rey de Nápoles, que acababa de suceder á Fernando II, estaba en guerra con la Santa Sede. Todos los principes italianos, con el papa al frente, entraron en los proyectos de Luis XII, que atravesó los Alpes al frente de un brillante ejército, mandado por el mariscal Trivulce y el general de Aubigny. La invasion fué rápida; y los reveses la siguieron de muy cerca. La victoria de Cerizoles fué el paralelo de la de Fornova; pero, como esta, no dió otro resultado que añadir una página de gloria á la historia de Francia, sin un solo palmo de terreno. Durante ese movimiento de soldados, y el bullicio de la guerra, Alejandro VI terminó su pontificado. « Murió, dice un historiador de su vida, de una recia terciana. » Viendo que se acercaba su fin, recibió los últimos sacramentos » con piedad edificante, y exhaló su último suspiro rodeado de » los cardenales. » Así caen de su peso las calumnias con que hasta en su género de muerte han querido envilecer la memoria de Alejandro VI. Murió en 1503. Habia consagrado los últimos dias de su vida á la prosecucion de un hermoso y grande pensamiento. Habia hecho serios esfuerzos para hacer que los príncipes se decidiesen á una gran cruzada contra los Turcos, mas solo consiguió dar un buen socorro á los Venecianos, que entonces sostenian solos todo el peso de la guerra. — Cualquier juicio que se haya pretendido formar de Ale-

terizadas para forzar á Luis XII á enlazarse con su hija. Hasta le habia hecho tener preso tres meses. El defecto de consentimiento libre constituia un impedimento dirimente: y Alejandro VI pudo y debió anular este enlace; siendo calumnioso cuanto se ha dicho contra este papa con este motivo.

jandro VI como persona privada, todos se ven forzados á convenir en que en todo su gobierno se mostró hábil político, y que prestó inmensos servicios á la Iglesia en coyunturas muy ásperas y difíciles, así como á toda Italia. « Y en efecto, » dice un autor nada sospechoso de parcialidad, desde el pontificado de Alejandro VI los papas han comenzado á figurar » como potencia seglar, y la Italia ha ido restableciendo su » unidad sobre las ruinas de una turba de pequeños soberanos » que se habian partido su territorio. »

§ V. PONTIFICADO DE PIO III (23 de setiembre-18 de octubre de 1503).

24. A la muerte de Alejandro VI, el conclave eligió papa al cardenal de Sena, Francisco Piccolomini, que tomó el nombre de Pio III, y era sobrino de Eneas Silvio. Se pensaba que resucitaria la gloria de su tío; pero Dios se lo llevó despues de algunas semanas de pontificado: la tiara que apenas se ciñó en sus sienes, no habia de servir sino para adornar su catafalco.

§ VI. PONTIFICADO DE JULIO II (31 de octubre de 1503-21 de febrero de 1513).

25. « Julio II, elegido á la unanimidad en 31 de octubre » de 1503, para suceder á Pio III, debia ser el Moisés de la Italia. No conocemos en la historia un hombre presdestinado á llevar la corona, que reuna, como Julio II, todas las cualidades que forman los grandes reyes. Impenetrable á la vista » ni al oido, y sin embargo nada disimulado; atrevido en la » concepcion y ejecucion de un proyecto, sin ser jamás imprudente: determinacion pronta pero siempre calculada: paciente en el infortunio, valeroso en los peligros, misericordioso en la victoria (1). » Casi toda la Italia se hallaba en poder del extranjero. Al notificarle su eleccion, exclamó Julio II: « Señor, libradnos de los Bárbaros. » Entendia con esto á los príncipes extraños y á los señeruelos que tiranizaban los

(1) Audin, *Historia de Leon X*, tomo I, pág. 257.